

SECCION III.

*Dos vistas del purgatorio.*

Siempre han prevalecido en la Iglesia dos vistas del purgatorio, las cuales, léjos de contradecirse entre sí, son más bien la expresión del espíritu y devoción de aquellos que llegaron á adoptarlas. La primera vista ó representación del purgatorio se encuentra en la mayor parte de las Vidas y Revelaciones de los Santos italianos y españoles, en las obras de los alemanes de la edad media y en las pinturas y cuadros populares extendidos por Bélgica, Portugal, el Brasil, Méjico y otros países. La segunda vista del purgatorio es la que logró popularizar San Francisco de Sales, á pesar de no ser original suya, sino copia sacada por el siervo de Dios de su Tratado favorito sobre el purgatorio, escrito por Santa Catalina de Génova, igualmente que de muchas de las Revelaciones de Sor Francisca de Pamplona, religiosa carmelita descalza, publicadas con una larga y sábia introducción crítica por el dominico Fray Buenaventura Ponce, lector en Zaragoza. Ambas á dos vistas,

aunque, según acabo de indicar, no se oponen entre sí, tienen, no obstante, su propio y peculiar espíritu de devoción.

1.<sup>a</sup> La primera vista está representada con los más vivos colores en los sermones terroríficos del Quaresimali italiano, y en aquellas pinturas que se encuentran en diferentes parajes de Italia, las cuales, con tanta frecuencia, provocan el fastidio del viajero inglés. Destácase el purgatorio en semejante vista simplemente como un infierno temporal, donde la violencia, la confusión, los lamentos, el horror, constituyen el principal asunto del cuadro: resalta en ella con vivo colorido, y no sin razón, la terribilidad de la pena de sentido con que el alma es, por permisión divina, misteriosamente atormentada: el fuego es de la misma naturaleza que el del infierno, criado única y exclusivamente para dar tortura al infeliz condenado; el fuego de la tierra, en su comparación, es como fuego pintado: vese representado en la misma el horror singular é indecible que siente el alma abandonada del cuerpo al ser presa de semejante agonía material; la sensación que causa en su ánimo aquella espantosa cárcel, y las densas y palpables tinieblas que reinan en aquel mundo de angustia, son, digámoslo así, episodios que aumentan el



horror de la escena, y nos preparan á aquella vecindad sensible á la region del infierno, que no pocos Santos han creido que está lindando con el purgatorio: los Ángeles están retratados como ejecutores activos de la inexorable justicia divina, y no han faltado quienes llegaron á dar más expresion á tan espantoso cuadro, pintando grupos de demonios que, por permission divina, pueden tocar y atormentar á las esposas de Cristo en aquellos fuegos abrasadores. A la terribilidad de la pena de sentido añádese la horribilidad de la pena de daño. La hermosura de Dios persevera en sí misma siendo lo que era, el objeto inmensamente apetecible; mas el alma está enteramente cambiada, pues todo aquello que en la vida y en el mundo de los sentidos embotaba sus deseos de unirse á Dios, ha desaparecido de su presencia; de suerte que le busca ahora con una impetuosidad, que ninguna imaginacion es capaz de concebir: el mismo encendido exceso de su amor es la medida de su pena intolerable. Hasta donde sea capaz de llegar el amor, aun acá en la tierra, podemos inferirlo del ejemplo del P. Juan Bautista Sanchez, quien solia decir que estaba seguro moriría de pena, si alguna mañana, al levantarse, supiese con certeza que no habia de morir aquel día. A to-

dos los horrores, últimamente, de semejante representacion podríamos señalar no pocos otros, que pintan el purgatorio como un puro infierno temporal.

El espíritu de esta primera vista del purgatorio es un temor santo de ofender á Dios, un deseo de penitencias corporales, una grande estimacion y confianza en las indulgencias, un excesivo horror al pecado y un temblor habitual de los juicios divinos: aquellos que han llevado una vida empleada en penitencias extraordinarias, y las más rígidas Órdenes religiosas, siempre han pintado el purgatorio con estos coloridos. Parece que semejante vista ha sido tomada, en sus más minuciosos detalles, de las conclusiones de los teólogos escolásticos, segun puede uno convencerse al punto, consultando á Belarmino, quien, en cada seccion de su tratado sobre el purgatorio, compara las revelaciones de los Santos con las conclusiones de la teología. Nótese asimismo, que cuando el Beato Enrique Suso, por su grande familiaridad y amor de Dios, comenzó á dar ménos importancia que ántes á la terribilidad de las penas del purgatorio, advirtióle el Señor que semejante proceder era sumamente desagradable á sus divinos ojos. Y en efecto; ¿pues qué entendimiento es



capaz de comprender los castigos que Dios ha preparado á la culpa? ¿no hay acaso muchos teólogos, quienes no solo han dicho que la pena más liviana del purgatorio es mayor que la pena más grande de la tierra, sino aun mayor todavía que todas las penas juntas de la tierra? Hé aquí, pues, una verdadera vista, aunque no acabada, del purgatorio; y téngase en cuenta que no nos es permitido llamarla tosca ni grotesca, puesto que es la vista de muchos Santos y siervos de Dios, y vésela expuesta en las funciones populares de varios países católicos, que se celebran en el Día de Ánimas.

2.<sup>a</sup> La segunda vista del purgatorio, si bien no llega á borrar ninguno de los rasgos de la vista precedente, casi los oscurece con las sombras de los varios objetos que en ella se destacan en primer término. En esta vista se ve representada el alma penetrando en el purgatorio con los ojos deslumbrados y el ánimo dulcemente tranquilo por el rostro de Jesús que acaba de contemplar por primera vez en el juicio particular: semejante vision de Jesucristo acompaña el alma al purgatorio, é ilumina y embellece las pavorosas escabrosidades de aquella cárcel, cual si fuese con los torrentes perennes de la argentada luz de la luna que parecen despedir los

ojos amorosos y agraciados de nuestro Salvador; imágen que infunde en el alma brios bastantes para mantenerse firme en medio de aquel mar de fuego: desde el momento que el alma, en la presencia de su Dios, percibe su indignidad para entrar en el cielo, dirige voluntariamente su vuelo hácia el purgatorio, como la tortolilla á su nido en la espesura del bosque; ninguna necesidad tienen los Ángeles de conducirla allá, que ya es ella llevada en alas de la pureza de Dios, que acaba de reconocer y honrar con rendida adoracion. Veamos con qué maestría se describe semejante escena en una revelacion de Santa Gertrúdis, segun la refiere Blosio:—Vió la Santa en espíritu el alma de una religiosa que habia pasado toda su vida en el ejercicio de las más altas virtudes: estaba en pié delante de nuestro Señor, vestida y adornada con el ropaje de la caridad, pero sin atreverse á levantar sus ojos para mirarle, sino que los tenia bajos, como si estuviese avergonzada de permanecer en su presencia, y dando á entender, con ciertos ademanes, su deseo de alejarse de la vista de Dios. Maravillada Gertrúdis con semejante espectáculo, atrevióse á preguntar al Señor, diciendo:—*Misericordiosísimo Dios y Señor mio, ¿por qué no recibes esa alma en los brazos de*



*tu infinita caridad? ¿Qué significan esos gestos extraños de desconfianza que observo en ella? Entonces nuestro Señor tendió cariñoso su brazo derecho en ademán de querer traer el alma más cerca de sí; pero esta, con profunda humildad y grande modestia, se retiró de su lado. Gertrúdis, cada vez más confusa con lo que estaba presenciando, preguntó á la religiosa por qué esquivaba las caricias y abrazos de un Esposo tan digno de ser amado; á lo cual contestó:—*Porque aun no estoy enteramente purificada de las manchas que mis culpas han dejado tras sí; y aunque, hallándome con semejantes reliquias, me concediese una entrada libre en el cielo, no la aceptaría; que á pesar de aparecer delante de tus ojos toda resplandeciente, conozco que no soy todavía una esposa digna de mi Señor.**

Desde el momento en que el alma es juzgada, ama á Dios muy tiernamente, y en retorno es por Él también amada con excesiva ternura. En esta segunda vista aparece el alma llena toda de hermosura; porque, ciertamente, no puede ménos de ser hermosa y agraciada, quien es esposa querida de Dios; y si bien es verdad que se encuentra sufriendo un castigo, mas está unida á Dios con lazo indisoluble.—«No conser-

va el más ligero recuerdo, dice terminantemente Santa Catalina de Génova, de sus culpas pasadas ni de cosa alguna de la tierra.» Su dulce prision, su santo sepulcro les tiene en la adorable voluntad de su Padre celestial, donde espera el término de su purificación con el contentamiento más perfecto y con un amor inefable; y como no es molestada por ninguna imaginacion de sí misma ni del pecado, no se ve importunada por el miedo más liviano ni por la más mínima duda sobre la imperturbable seguridad que está disfrutando: es impecable, y hubo un tiempo, mientras vivió en la tierra, que este solo don la parecia que encerraba todo el cielo junto; no puede cometer la más liviana imperfeccion, no puede tener el más liviano movimiento de impaciencia, no puede, aunque quiera, desagradar á Dios en lo más mínimo; ama á Dios sobre todas las cosas, y le ama con un amor puro y desinteresado: constantemente la están consolando los Ángeles, y tiene que regocijarse en la seguridad irrevocable de su propia salvacion; hasta las más amargas agonías que allí experimenta, van acompañadas de una paz tan profunda é inalterable, que no hay lengua humana que sea capaz de expresar.

Ciertas revelaciones nos hablan de almas que



se encuentran en el purgatorio libres de la acción del fuego, quienes están allí languideciendo con resignación, por verse privadas de la presencia de Dios, privación que es para ellas suficiente castigo. Otras revelaciones existen también que hablan de multitud de almas que no tienen prisión fija, sino que están purificándose ora en el aire, ora en sus sepulcros, ya cerca del altar donde se halla reservado el Santísimo Sacramento, en las habitaciones de aquellos que ruegan por ellas, ó bien, en fin, en los mismos lugares de sus pasadas vanidades y frivolidades mundanas. Si el silencio, sereno, dulce y resignadamente sufrido es aun entre nosotros un objeto tan digno de respeto y veneración, ¡cuánto más venerable y sagrado no debe ser el silencio que se guarda en aquella región de la Iglesia! Comparado el purgatorio con la tierra, con sus miserias, disensiones, dudas, inquietudes, riesgos, vaivenes, ¡cuánto más hermosa, cuánto más apetecible no es esa silenciosa, pacífica é inalterable región en que María ha sido coronada Reina, y San Miguel nombrado embajador perpetuo de las misericordias de tan gran Señora!

El espíritu de esta segunda vista es un afecto de amor, un vivo deseo de que Dios no sea ofen-

dido, un celo abrasado por los intereses de Jesús. Lo primero que empieza á hermoear semejante vista es aquel vuelo voluntario que toma el alma para dirigirse, desde la presencia de Jesús, á la mansión del sufrimiento; y así como aceptó con este acto el partido de Dios contra sí misma, igualmente continúa haciéndolo en lo sucesivo. En semejante vista se destaca la adoración de la pureza y santidad de Dios; y está representada el alma viendo las cosas bajo el punto de vista divino é identificando sus propios intereses con los de su Dios y Señor: no podía esperarse otra vista del purgatorio, de un San Francisco de Sales y de la amorosa Santa Catalina de Génova, quienes se propusieron con semejante representación mover á compasión y devoción, el ánimo de aquellos que la contemplasen, por el desamparo, más bien que por los padecimientos de las almas detenidas en el purgatorio; y sobre todo, el inducirles á ser celosos por la gloria de Dios y los intereses de Jesús.

¡Oh cuán sublime y encantador es el pensamiento de ese reino santo, de esa región de dolor y de pena! Allí no se oye un solo grito ni el más ligero murmullo: todo está mudo y silencioso como Jesús en presencia de sus enemigos. Jamás sabremos los grados de amor que



profesamos á María, hasta que no levantemos nuestras miradas hácia tan cariñosa Madre, desde el fondo de aquellos espantosos abismos, desde aquellos valles de fuego misterioso. ¡Oh hermosa region de la Iglesia de Dios! ¡oh manada amorosa del rebaño de María! ¡Qué espectáculo, hermanos míos, no se ofrece á nuestra vista, cuando contemplamos aquel sagrado imperio de impecabilidad y á la vez de sufrimientos los más agudos! ¡Allí se admira la belleza de aquellas almas inmaculadas, la hermosura y los encantos de su paciencia, la grandeza de sus dones, la dignidad de sus magestuosos é inmaculados sufrimientos, la elocuencia de su silencio, los resplandores del trono de María, que cual astro de la noche está iluminando aquella mansion de dolor y de inexplicable expectacion; los Ángeles alados, reflejando rayos de argentada luz y cruzando aquellos abismos de semejante region misteriosa; y sobre todo, aquel rostro invisible de Jesús, tan impreso en la mente de aquellas almas queridas, que no parece sino que le están viendo con sus ojos! ¡Qué pureza tan inmaculada no se descubre en este culto, en esta liturgia de sagrado sufrimiento! ¡Oh mundo, mundo enojoso, alborotador y malvado! ¡quién no desearia esca-

par, si pudiese, de tus peligrosos devaneos y arriesgada peregrinacion, como paloma enjaulada, para volar alegre hácia el lugar más bajo de aquella purísima, segurísima, santísima region de sufrimiento y de inmaculado amor divino!

#### SECCION IV.

##### *Santa Catalina de Génova sobre el purgatorio.*

La publicacion del Tratado de Santa Catalina de Génova es un hecho tan notable en la historia de la doctrina y devocion relativas al purgatorio, que no me parece inoportuno el dar de él aquí cuenta, aunque brevemente, á mis lectores. Monseñor Hardouin, Arzobispo de Paris, mandó, en 1666, examinar dicho Tratado á los doctores de la Sorbona, quienes, en su aprobacion, le llaman *una rara efusion del Espiritu de Dios sobre un alma pura y amada, y una prenda maravillosa de su solitud por la Iglesia, y de su cuidado en iluminarla y asistirle segun sus necesidades*; y la aprobacion continúa diciendo, que los examinadores le consideran como un socorro providencial en favor de los católicos, otorgado justamente cuando estaban para aparecer las herejias de Lutero y Cal-